

Al andar se hace camino o las vueltas que da la vida

Alida Genoveva Moreno*

Mis primeras experiencias como docente ocurrieron en los últimos semestres de la licenciatura, cuando suplí a un compañero en sus clases de literatura que impartía en un colegio de monjas en el nivel de bachillerato, fue una semana que me pareció larga e interminable, era la primera vez que me tocaba estar ante un grupo de adolescentes que estaban acostumbradas a trabajar con otro profesor, el reto era cumplir con los contenidos asignados para esos días, el maestro regresó y me sentí feliz al regresarle su lista de asistencia y el material de clase. Poco después suplí a una compañera que daba clases en la Preparatoria 7, en las tardes de los viernes y sábados al grupo del último semestre, la materia era Historia de México donde debíamos analizar el periodo de la posrevolución, faltaban pocas semanas para concluir el ciclo escolar y los estudiantes estaban más interesados en preparar el evento académico y la fiesta. Debo confesar que estas dos experiencias fueron difíciles, me di cuenta lo que implica estar ante un grupo de jóvenes, exponiendo información que en ocasiones no les interesa, las clases en la licenciatura no me habían preparado para una situación de este tipo. El nerviosismo, el temor a equivocarme y, sobre todo, cómo distribuir el tiempo y las actividades a lo largo de la sesión de 120 minutos, eran algo que debía aprender sobre la marcha, no había vuelta atrás. Con el paso de los días y la experiencia de trabajo en el aula aprendí a aplicar algunas de las estrategias que se deben desarrollar para hacer que los estudiantes pongan atención, guarden silencio, participen en clase y entreguen sus trabajos.

Las clases con grupos de preparatoria fueron el inicio de mi trabajo en el aula, habrían de pasar un par de años más para enfrentar la docencia en la licenciatura, esto ocurrió al terminar la maestría, regresar a Guadalajara y reincorporarme a la Universidad de Guadalajara. Todavía recuerdo que acababa de llegar al Departamento de Sociología cuando me llamó el jefe para anunciarme que la profesora que impartía la materia de Historia de México había decidido dejarla a mitad

del semestre, me entregó una fotocopia del programa, señalando que iniciaba la actividad ante el grupo la siguiente semana. Retomar el trabajo académico de un grupo cuando han avanzado las sesiones del ciclo escolar es una actividad que requiere una planificación especial porque hay que conocer los temas abordados, la forma de trabajo y evaluación que ya se había realizado, así como llegar a acuerdos con los propios estudiantes.

La siguiente materia que me tocó impartir fue la de Epistemología sociológica, esta actividad fue un gran reto, había llevado algunas materias relacionadas con el tema durante la maestría, me fueron de gran ayuda la obra de Thomas Kuhn titulada *La estructura de las revoluciones científicas* con su propuesta de los paradigmas y la resistencia al cambio que se da en interior de las comunidades científicas, y la de Imre Lakatos con su obra *La metodología de los programas de investigación científica* donde habla de la metodología de las pruebas y las refutaciones. Todo esto relacionado con una cuestión: ¿Y cómo sabes? Algo que el Dr. Manuel Gándara nos hacia hincapié al momento de reflexionar sobre la ciencia, la epistemología y lo social.

A la fecha han transcurrido 29 años de estas primeras experiencias como docente, veo hacia atrás y puedo afirmar que he aprendido mucho de las clases impartidas en la Universidad y la convivencia con los estudiantes. Cada semestre es distinto y cada grupo es único, algunos más inquietos e interesados en el tema, otros con cierta resistencia a la lectura y las actividades académicas. Un aliciente para el profesor es cuando un estudiante te comenta que lo visto en clase le ha sido útil, que ahora aprecia más a su país, que siente más empatía por la historia, que tiene curiosidad por conocer y recorrer los espacios que hemos visto en clase, que los autores revisados en clase lo han impresionado, lo han hecho reflexionar y ver el mundo de una manera distinta, esto es algo que ocurre cuando leemos a Eduardo Galeano y su obra *Las venas abiertas de América Latina*.

Hace poco una alumna me trajo una muñeca tradicional de su pueblo, recibir este regalo fue una sorpresa agradable, otros obsequios que conservo con cariño son algunos recuerdos de los sitios arqueológicos que han visitado los estudiantes como una reproducción de la

pirámide de Pakal en Palenque y un dije de obsidiana de Teotihuacan. Todos estos detalles adornan el librero y me recuerdan que la docencia deja huella en los jóvenes, y a los docentes nos permite actualizarnos y mantenernos al día con lo que ocurre en el mundo y con las nuevas generaciones, que en ocasiones nos parecen tan distintas a la nuestra.

La docencia hoy en día afronta nuevos retos que nuestros profesores de licenciatura no habrían imaginado, las redes sociales, la información que se obtiene de internet y el acceso a la Inteligencia Artificial (IA) hace que los maestros actualicemos y cambiemos la forma de transmitir el conocimiento, hay tanta información con sólo oprimir una tecla, pero como decía mi profesor de Epistemología ¿cómo sabes cuál es verdadera?, ¿cuál es útil? Actualmente debemos saber compaginar el conocimiento que se obtiene de los autores clásicos, la búsqueda en los libros, la consulta en las redes sociales y la información que nos ofrece la IA, más el entorno de la escuela, la ciudad y la sociedad. La labor del maestro va más allá del trabajo en el aula, ahora se involucran cuestiones que implican aspectos de salud mental y física, ansiedad, depresión, irritabilidad y en ocasiones violencia. Hay que aprender y mantenerse abierto a los cambios e innovaciones, ahí está la clave para el docente del siglo XXI y su trabajo en el aula.

*Doctora en Historia y Estudios Regionales. Profesora-investigadora en el Departamento de Sociología en el CUCSH de la UdeG. alida.moreno@academicos.udg.mx

